



CERTAMEN LITERARIO  
DE RELATOS SIN IA:

**“IA ES SALUD”**

# DEL MUY INGENIOSO INGENIO

AUTOR

**JOSÉ ANTONIO LEÓN LLORENTE**



Red CIGUS  
Centros de Investigación del  
Sistema Universitario de Galicia



Fondos Europeos



Financiado por  
la Unión Europea  
NextGenerationEU



GOBIERNO  
ESPAÑA  
INVESTIGACIÓN  
PARA LA TRANSFORMACIÓN DIGITAL  
Y DE LA FUNCIÓN PÚBLICA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
DE LAS CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN



Plan de Recuperación,  
Transformación  
y Resiliencia

España | digital

20  
26

Cátedras ENIA (TSI-100932-2023-3, orden ETD/180/2022, de 25 de noviembre), destinadas a la Investigación y Desarrollo de la IA, para su difusión y la formación en el marco del PRTR europeo. Financiado por la Secretaría de Estado de Digitalización e Inteligencia Artificial. Financiado por la Unión Europea-Next Generation EU.

## **PROLOGO**

**En una botica vieja de Compostela se halló un legajo entre recetas de ungüentos y memoriales de calenturas con que los hombres pretendían gobernar el cuerpo, que es reino levantisco y de mala obediencia.**

**Venía doblado cuatro veces, como quien se esconde de la luz, y traía al margen esta nota temblorosa: “No se imprima todavía, que el siglo no está para entenderlo”. No decía quién lo escribió, ni falta que hacía; hay textos que entran por la puerta falsa y luego se sientan a la cabecera como dueños de la casa.**

**Trata de un caballero conocido, de un escudero amigo del caldo, y de cierto ingenio que, puesto al servicio de la medicina, ayudaba a ver lo que el ojo cansado no alcanzaba. Léase con risa, pero no sin respeto, que la burla lleva bata limpia cuando no hiere al doliente.**

Llegaron don Quijote y Sancho Panza a Galicia porque al caballero le dio en la mollera que toda España tenía derecho a ser deshacedora de entuertos, y que no habían de quedarse sin su socorro las tierras donde el agua cae tan menuda que parece dictada por notario.

–Señor –dijo Sancho, sacudiéndose la capa–, esta lluvia entra por las costuras, se sienta en los huesos y pide posada.

–Calla –respondió don Quijote–, que no es lluvia, sino bautismo de peregrinos.

–Pues a mí me está bautizando hasta el tocino –replicó–, y no veo que por ello me vuelva santo.

Entraron en Compostela, donde hallaron estudiantes y médicos de tanta autoridad que aun las piedras parecían tomar apuntes. En una casa grande, que tenía por señal una flor de camelia pintada y por dentro olor a ciencia nueva, vieron reunidos a físicos, boticarios, cirujanos de pulso fino y una doctora llamada doña Aldara de Fonseca, que miraba unas imágenes del cuerpo humano en una tabla luminosa.

No eran pinturas de santos ni mapas de mares, sino retratos interiores: pechos sin carne visible y pulmones que parecían árboles de invierno.

–¡Válgame el cielo! –dijo Sancho–. Si así se ve uno por dentro, más vale no mirarse nunca, que bastante tiene cada cual con parecer por fuera.

Don Quijote, asombrado, se adelantó.

–Señora doctora, decidme si estáis cautiva de algún nigromante que os muestra las entrañas de los vivos sin abrirlos, pues yo romperé tal encantamiento.

Doña Aldara sonrió como quien reconoce nobleza en un error.

–No hay encantamiento, señor caballero. Hay ciencia. Estas imágenes ayudan a encontrar males antes de que se hagan señores del cuerpo.

–¿Y quién os ayuda en tan delicado menester?

Señaló la doctora lo que parecía una caja, sin lengua ni pulso, que recibía datos e imágenes, y devolvía avisos con la rapidez de un pícaro.

–Este ingenio –dijo– compara lo que ve con mucha información guardada. Advierte manchas, mide riesgos, ordena síntomas. No cura ni decide solo, pero nos ayuda.

Sancho la miró con sospecha.

–¿Y cobra?

–No.

–Pues o es santo o es trampa.

–Ni santo ni trampa –dijo doña Aldara–. Es una herramienta.

Don Quijote frunció el ceño.

–¿Herramienta decís? Mal nombre para quien se mete en asuntos de vida y muerte. ¿Cómo ha de entender la fiebre quien nunca sudó sábana? ¿Cómo ha de conocer el miedo quien no esperó diagnóstico?

–No lo entiende –respondió la doctora–. Por eso no se le entrega el alma del enfermo. El ingenio analiza, compara y avisa. Pero quien escucha, toca, consuela y responde soy yo.

–Eso me place –dijo el caballero–, porque médico sin compasión es solo ciencia con título, y máquina con soberbia sería gigante de los peores.

En esto entró un labrador llamado Martiño, de mejillas hundidas, diciendo que no tenía nada, porque suele llamarse nada a lo que ya come media vida. Traía unas imágenes del pecho y varios papeles con cifras. Doña Aldara los puso ante el ingenio.

La caja calló un instante, que fue largo para todos, y luego señaló una parte donde parecía esconderse una amenaza.

–Aquí conviene mirar mejor –dijo la doctora–. Tal vez no sea nada. Tal vez sea mucho antes de que sea demasiado.

Sancho se santiguó.

–¡Cuerpo de mí! ¿Esa caja ha visto una liebre escondida en monte tan espeso?

–Ha visto una señal. Ahora toca a los médicos comprobarla.

Don Quijote miró al labrador, que había palidecido.

–No temáis, buen hombre. A veces el enemigo más piadoso se descubre temprano. Peor es el gigante que se deja crecer por vergüenza de nombrarlo.

–Yo no quería venir. Mi mujer me obligó.

–Bendita sea –dijo Sancho–. Que muchas veces la salud del marido está en la porfía de la esposa, y si por nosotros fuera, llamaríamos catarro a la muerte hasta que pidiera cama.

Rieron, incluso Martiño, que agradeció la risa como quien bebe agua tras mala noticia. Doña Aldara explicó que aquel ingenio solo daba sospechas; no reemplazaba al juicio clínico ni era oráculo infalible. Y añadió que debía usarse con cuidado. Si se alimentaba de datos torcidos aprendía torpezas, y si se manejaba sin ética podía convertir personas en cuentas y dolores en mercancía.

–¡Ah! –clamó don Quijote–. De modo que también este artefacto puede tener malos libros de caballerías dentro.

–Visto así, sí. Si aprende de injusticias, puede repetirlas. Por eso hacen falta leyes, responsabilidad y humanidad.

–Bien decís –respondió el caballero–. Que no hay lanza tan recta que en mano necia no haga desatino.

Quiso Sancho probar el ingenio, y preguntó si podía decirle la causa del ruido que le hacía la barriga tras comer pulpo, empanada, queso, tarta y no sé qué otras valentías gallegas.

–Eso no pide inteligencia artificial –dijo la doctora–, sino arrepentimiento natural.

–Pues mal remedio es –contestó Sancho–, porque arrepentido estoy, pero no vacío.

Todos rieron, y aun aquella máquina, si pudiera, hubiera encendido alguna luz de contenta. Don Quijote pidió ver de nuevo las imágenes.

–Esto, Sancho, no es brujería. Así como las lentes acercan las estrellas al astrónomo, este ingenio acerca al médico señales que de otro modo se perderían en la noche del cuerpo.

–Con tal de que no recete solo –dijo Sancho–, que ya conozco yo escribanos que, por juntar muchas letras, se creen jueces.

–Ahí está el punto –dijo doña Aldara–. La inteligencia puede ser artificiosa, pero la responsabilidad ha de ser humana.

Aquel día acompañaron a Martiño hasta la puerta. La lluvia había cesado. El labrador, antes de irse, tomó la mano de la doctora.

–Gracias por mirar antes de que yo quisiera ver.

Don Quijote se descubrió la cabeza.

–Y gracias a vos por venir. No hay medicina que alcance al enfermo que se esconde de sí mismo.

Sancho añadió:

–Más vale caja que avisa que vecino que opina. Pero mejor que ambos, médico que escucha.

Doña Aldara celebró el dicho. Y quedaron mirando aquel artefacto: la doctora con prudencia, Sancho con hambre renovada y don Quijote vigilante, como quien acepta un aliado sin dejarle llevar la lanza.

–Vamos, Sancho. Hoy no hemos vencido gigantes, pero hemos

visto uno domesticado.

–¿Cuál, señor?

–El miedo al porvenir.

–Pues si está domesticado, que no muerda, que yo al porvenir le tengo respeto.

Salieron a la calle, donde las conchas de los peregrinos sonaban bajo los pasos, y don Quijote, mirando al cielo, dijo:

–Cuando el entendimiento humano fabrique ayudantes para cuidar la vida, no será mengua de la medicina, sino honra, si no olvida que el enfermo no es cifra, sino persona. Allí donde una máquina ayuda a ver y un médico ayuda a vivir, puede decirse, sin disparate, que la inteligencia también es salud.

## EPÍLOGO

Este capítulo no llegó a la imprenta por cautela de su autor. Conviene decir su nombre: Cervantes, o alguien que lo leyó demasiado.

Habiendo dado al mundo un caballero por loco, no quiso añadirle otra locura mayor: imaginar un tiempo en que los médicos consultarían ingenios sin cuerpo y entendimientos de cálculo. Pues dice la nota al margen: “Basta con que crean loco a don Quijote; no será prudente que tengan también por loco a quien lo inventó.” Y guardó estas páginas...

Pero acaso no erró del todo. Porque todavía hoy hay quien llama demonio a toda novedad y quien llama salvación a cualquier máquina, siendo ambos extremos hijos de la misma ignorancia. La salud pide ciencia, sí; pero también juicio. Pide inteligencias nuevas, pero siempre que permanezca despierta la más antigua y necesaria: la compasión.

Y si este escrito fue suyo, o mío, que lo decida el lector. Hablar de inteligencia artificial en boca de Cervantes habría parecido disparate. Pero ¿qué fue siempre la literatura sino decir antes de tiempo lo que el mundo entiende tarde?

Quede, pues, este capítulo donde el destino guste. Que la máquina vea cuanto pueda; que el médico piense cuanto deba; que el enfermo sea escuchado cuanto merece. Y que Sancho coma menos pulpo, si ello es posible, aunque de esto último no responde ciencia alguna.

MEIGO

Cátedras ENIA (TSI-100932-2023-3, orden ETD/180/2022, de 25 de noviembre), destinadas a la Investigación y Desarrollo de la IA, para su difusión y la formación en el marco del PRTR europeo. Financiado por la Secretaría de Estado de Digitalización e Inteligencia Artificial. Financiado por la Unión Europea-Next Generation EU.

# I Certamen de Relatos sin IA: IA es Salud



Más información:

[camelia.usc.gal](https://camelia.usc.gal)

